

J. ZEÑABI



de

**EL MISTERIO
DE LOS DISCOS
VOLADORES**

Lectulandia

Publicado en diciembre de 1953 en Chile por J. Zeñabi, *El misterio de los Discos Voladores* nos relata las aventuras de un chileno y su encuentro con los tripulantes de un platillo volador y posterior viaje al planeta Marte, en donde pasa varios meses conviviendo con los marcianos hasta que, por un «lío de faldas», es devuelto a nuestro mundo.

Lectulandia

J. Zeñabi

El misterio de los discos voladores

ePub r1.0
Titivillus 21.02.17

Título original: *El misterio de los discos voladores*
J. Zeñabi, 1953

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL MISTERIO DE LOS DISCOS VOLADORES

Este libro no es una obra literaria. Es una simple narración del increíble viaje que el autor tuvo el privilegio de hacer en uno de los ya famosos discos voladores.

Como se puede comprobar, nada es aquí el producto de la fantasía. Los datos técnicos que aparecen fueron tomados en forma fidedigna de las explicaciones dadas por la tripulación del disco.

El autor temió que hubiera dudas sobre la efectividad de este viaje, y trató de hacer, sobre él, una declaración juramentada ante uno de los más conocidos Notarios de Santiago; pero éste no se creyó competente para dar fe en atención a que se había efectuado fuera de su jurisdicción.

A pesar de esto, el autor confía en que el candor que ha puesto en el relato dará a éste la lógica de los hechos verídicos y dejará en el lector la certidumbre de que no se trata de una fantasía sino de un hecho real, aunque increíble.

LA APARICIÓN

Hay en la provincia de Linares, al sur del río Achibueno, un contrafuerte cordillerano que se interna más de 30 kilómetros en el valle Central.

Este contrafuerte, de 700 metros de altura media, termina en un lomaje suave, que en la primavera se cubre de flores silvestres, más amarillas que el oro.

Aquí pacen las ovejas y el viento mece la hierba formando ondas juguetonas que suben y bajan el lomaje.

Entre loma y loma hay quebradas y en su fondo corren cristalinos arroyos que cantan bajo la sombra de los canelos. A su borde se levantan humildes chozas de totora donde viven los medieros de los fundos vecinos, rodeadas de higueras, huertecitos y colmenas. Pocos rincones de Chile encierran más sosiego y romanticismo que estas Lomas de Polcura, como se llama el lugar.

En la mañana del 21 de Septiembre, cerca del mediodía, volvía de visitar a uno de los medieros. Mi caballo marchaba calmadamente y yo disfrutaba de la suave brisa y esplendor de la mañana.

Al llegar a una quebrada entre dos lomas, mientras el caballo bebía en el arroyo, vi, en la cima de la loma que quedaba por delante de mí, junto a un boldo solitario, a 150 metros de distancia, aproximadamente, tres figuras singulares, de color oscuro. Tan extraño me pareció su aspecto que me quedé inmóvil observando. A pesar de su apariencia de figuras humanas, tuve una sensación indecible de algo sobrenatural. Se acercaban a mí con paso lento. Cuando estuvieron a 30 metros más o menos, pude darme cuenta de la gracia y soltura de sus movimientos. Eran tres hombres altos, delgados, rubios, de ojos azul verdoso, tez blanca sonrosada de increíble frescura, tersa como la de una criatura. Su mirada franca y serena, inspiraba extraña simpatía y confianza sin límites.

El traje era singular. Una especie de overall de tela flexible como goma, color pizarra, en que los pantalones se cerraban en la parte inferior cubriendo los pies, atados en el tobillo de manera de formar una especie de zapatos. Las mangas se cerraban también en los extremos y se ceñían en la muñeca formando un guante. La cintura ceñida daba idea de la belleza y esbeltez de su figura. El traje se cerraba también por encima de la cabeza y se ceñía en el cuello formando algo así como un capuchón que se abría en la parte anterior para mostrar el rostro. Cada uno de los tres hombres llevaba en la mano un disco de una sustancia como vidrio que podría servir de tapa a la abertura del capuchón frente al rostro.

Cuando llegaron a mi lado, el más alto de los tres me dijo, en un claro inglés, con un metal de voz distinto a todo lo que yo había oído en mi vida: “Sr.: ¿Es Ud. de la región?”

Mi inglés es deficiente y estaba ya bastante olvidado. Con esfuerzo le contesté: “Hasta cierto punto sí. Hace un año que adquirí esos terrenos que quedan en el plan, más allá del estero.

Mis interlocutores se miraron un poco turbados, cambiaron algunas expresiones entre ellos, en un lenguaje que me pareció fantástico y, el mismo hombre alto me volvió a preguntar, esta vez muy lentamente: “¿Podría repetirnos su respuesta señor?”

—Con mucho gusto —le dije—. Decía que hace un año adquirí esos terrenos que quedan en el plan, más allá del estero”.

Lo dije lentamente, con temor de que mi escaso inglés fuera la causa de sus dificultades; pero esta vez dieron muestras de haber entendido lo suficiente. Tuve la sensación de que para ellos, haberme entendido les había producido la misma alegría que siente un sabio investigador cuando comprueba la efectividad de su teoría. Desde ese momento la conversación siguió sin tropiezos. Me atraía sobre manera esta conversación, que sonaba en mis oídos distinto a todo. Ahora hablaban los tres personajes. Me dijeron que habían aterrizado a tres kilómetros de distancia, en un llano que pronto localicé como la cancha de football, donde juegan los inquilinos y sus hijos y corren carreras de caballos los domingos.

Anduvimos los tres kilómetros y cuando llegamos nos encontramos frente a un aparato de forma parecida a un elipsoide de revolución alargado, cuyo mayor eje tenía aproximadamente diez metros y el eje menor no más de dos metros. La superficie era de color celeste con brillo metálico. A primera vista parecía no tener ventanas; pero una inspección más prolija permitía ver en los costados una fila de ovoides de un material parecido al vidrio empavonado, de reflejos celestes, que lo hacían confundirse fácilmente con el resto de la superficie.

Mis acompañantes me mostraron el magnífico interior, tapizado en una especie de tela de vidrio, celeste, donde podían acomodarse confortablemente hasta seis personas. Había un compartimento de las provisiones que demostraba, por su contenido, cuán largo era el viaje que estaba realizando esta nave. Todas las exigencias de una vida cómoda estaban consultadas en aquel precioso estuche volador.

EL VIAJE

Lo que sucedió en mí en ese momento no me lo explicaré jamás. Esos tres desconocidos, de tan extraño aspecto, ejercieron en mí tal influencia hipnotizante que, sin pensar en lo que el hecho significaba, me sentí irremisiblemente atraído y acepté su invitación a volar en el misterioso aparato.

La puesta en marcha fue suave y silenciosa. La aceleración me producía opresión al pecho, más intensa por cierto, que la que sentimos cuando parte el avión en que viajamos. Pronto pude darme cuenta de la gran altura a que nos encontrábamos. El cielo se obscurecía por momentos, pero los rayos del sol entraban con toda nitidez por las ventanas. Al cabo de poco rato, la Tierra se veía como una masa enorme, redonda, donde no era posible distinguir sino muy vagamente las diferencias de colorido entre el mar y la tierra. Tuve más bien la sensación que la certidumbre de percibir el extremo sur de Sud-América.

Al cabo de dos horas la Tierra no era sino una esfera cuyo diámetro abarcaba un ángulo de 30" de visión. En este momento adquirí por primera vez la conciencia de la tremenda aventura en que me había embarcado. Viendo alejarse el planeta me di cuenta de que todo lo que me pertenecía: mi hogar, mi patria, el Mundo, huían de mí para siempre. En mi rostro debe haberse pintado el espanto porque mis acompañantes, con solicitud febril se acercaron y me preguntaron si quería regresar.

Una vez más la limpia y bondadosa mirada de estos seres superiores me devolvió la tranquilidad. Me hice el firme propósito de llevar adelante la aventura hasta el fin.

Marchamos a diez mil kilómetros por hora, me dijo el primero de mis acompañantes que me había hablado. Su nombre era Yu. Los otros se llamaban Oa y Au. Yu me explicó que venían del planeta Aia, llamado Marte entre nosotros. Durante los últimos siete años terrenales^[1] habían hecho más de cinco mil viajes a la Tierra, sin descender, observando desde el aire la geografía y la vida en nuestro planeta. Tenían más de sesenta mil grabaciones con transmisiones radiales de nuestros broadcastings. El análisis de estas grabaciones les permitió descifrar idiomas. Conocían suficientemente el inglés, el alemán, el ruso, el francés y el castellano. Habían aprendido además una técnica que les permitía descifrar prácticamente cualquier idioma. El descenso que habían hecho ahora era el primero y tenía por objeto ponerse en contacto verbal con alguno o varios habitantes de la Tierra y, si ello resultaba posible, llevarlos a Aia para iniciar el trato directo. Prefirieron descender en un país libre y lejos de centros poblados para evitar los trastornos y peligros que pudiera haber en este primer contacto.

Aunque en Aia era conocido el castellano por varios especialistas en los idiomas de la Tierra, no se disponía aun de personas que lo pudieran hablar, por lo cual se enviaron expertos en el idioma inglés. Había informaciones, por otra parte, de que los sudamericanos entendían el inglés, si no bien, a lo menos aceptablemente.

Me explicaban esto lentamente, tranquilos, afables, sinceros, con una indecible simpatía.

Ahora el tiempo transcurría sin sentido para mí. A pesar de que la velocidad había aumentado a cerca de cuarenta mil kilómetros por hora, parecía que estábamos detenidos en el firmamento. La pesantez era casi imperceptible, lo que me producía inestabilidad y me congestionaba el tórax y la cabeza, sin que ello llegara a ser una grave molestia. El agrado de alternar con mis acompañantes y el interés de la aventura llenaban por completo mi pensamiento.

—¿Cómo impulsan Uds. este vehículo? —pregunté.

—Oa, especialista en mecánica, me explicó: Empleamos lo que Uds. llaman energía nuclear. Transformada en calor sirve para evaporar plomo u otro metal pesado. El vapor sale en forma de chorro continuo en dirección contraria al movimiento, a velocidades del orden de los cien mil metros por segundo. La reacción de inercia del vapor expulsado produce la impulsión de nuestra nave, tanto en el espacio sideral como en la atmósfera de Aia o de la Tierra. La provisión de plomo es para nosotros lo que en vuestros aviones y automóviles es la provisión de bencina. Si se agota no podemos impulsarnos. El viaje de ida y vuelta de Aia a la Tierra, consume aproximadamente noventa kilogramos de plomo. Como Ud. ve todo es extraordinariamente sencillo. Es claro que la temperatura y presión del vapor de plomo son altas, para producir la velocidad de salida de cien mil metros por segundo. Por eso la cámara de evaporación y el serpentín en que se acelera el vapor son de material bastante resistente y adecuadamente refrigerado.

Nuestra vida durante el viaje trascurrió en continua charla, comidas y horas de sueño. Sentía ahora por estos nuevos amigos una confianza y camaradería que no conocía en la Tierra. Me explicaron la vida en su planeta. ¡Tan parecida y a la vez tan distinta a la nuestra! Las mismas necesidades, los mismos gustos; pero siempre distinta conducta de los hombres de allá. ¡Cómo los admiraba!

El viaje duró cerca de ochenta días. Aprendí palabras y frases usuales en su idioma y participé de muchas de sus costumbres y gustos. La falta de pesantez era la única molestia. La llegada a Aia estaba señalada para el día diez de Diciembre, según nuestro calendario. Difícil me resultó llevar la cuenta del tiempo, ya que sólo podía medirlo en mi reloj y el apunte diario en mi libreta.

MARTE

El itinerario se cumplió casi con precisión y a los setenta y nueve días y trece horas de nuestra partida tomamos contacto con el planeta.

Yo había recuperado un poco de mi pesantez; pero aun demasiado poco para poder caminar con el debido aplomo. La emoción me embargaba a tal extremo que me era imposible pensar. Todo pasaba en mi mente como una visión.

Nuestra llegada era esperada. El primero en descender fue Yu; después bajé yo, en seguida Aú y finalmente Oa, quien operó las últimas maniobras del vehículo antes de abandonarlo.

Nos recibieron varias personas, todas ellas con el mismo aspecto; altos, delgados, tranquilos, hermosos. Sus vestidos, parecidos al traje griego de la Antigüedad, realzaba su belleza y distinción. Sus voces me resultaban verdaderamente musicales, como las de mis tres compañeros de viaje. ¡Me sentía tan extraño entre esa gente! Tan tosco y bajo, tan grotesco en mis movimientos, tan terriblemente forzado, tan inestable en el suelo que pisaba. El régimen de vida de casi tres meses en la nave, en que la dieta era, aunque agradable, más bien escasa, me había adelgazado; pero no logró quitarme la tremenda capacidad física de un ser que vive en un planeta en que se pesa más del doble, como sucede en la Tierra con respecto a Marte.

Entramos en una sala gigantesca, casi enteramente de vidrio, en que los colores de los cristales se combinan armoniosamente, dando al ambiente grandeza y fantasía, como no soñaron jamás nuestros mejores arquitectos. La preocupación por los colores en Marte es algo increíble. Los trajes, las casas, los pavimentos, los vehículos, todo armoniza con el paisaje y le da brillo.

EL PRESIDENTE

Fui llevado, conforme al programa, ante el Presidente.

Afable, bondadoso, de mirada soñadora y profundamente inteligente, tenía la distinción y belleza típicas de los marcianos. Me recibió en una sala sencilla, de cristales con vivos colores y plantas de invernadero.

—El Estado tiene interés en hacerle agradable su visita a este planeta y quiere darle la seguridad de que, si Ud. desea regresar, se dispondrá un transporte que lo lleve a la Tierra —fueron sus primeras palabras, y agregó—: Como Ud. se habrá informado por sus acompañantes de viaje, queremos que Ud. nos diga lo que piensan en la Tierra. Por nuestra parte, le mostraremos cuanto Ud. quiera y le informaremos de cuanto le interese conocer.

—Creo que Uds. han elegido, para este primer contacto, un habitante de la Tierra poco indicado, ya que mi posición allá era modesta y no me permitía conocer los hilos de la trama que se teje en los círculos dirigentes.

—Lo hemos elegido al azar. Ud. representa para nosotros la primera muestra de una serie que estamos decididos a tomar.

—¿Entonces llegarán aquí otros habitantes de la Tierra? —exclamé con visible alegría—. ¿Y todos ellos vendrán por su propia voluntad?

—Exactamente, y del conjunto de contactos que tengamos con algo así como diez mil hombres-muestra, adquiriremos un conocimiento cabal de lo que son Uds.

—¿Cuál es la intención de Uds. en relación con nosotros?

—Prestarles ayuda, para que sean felices como nosotros.

Debe haber notado inquietud en mi expresión, porque agregó: Sabemos que Uds. dudan de la sinceridad de los propósitos expresados por los demás. Es posible que en este mismo instante Ud. tema que la ayuda que les podamos prestar no sea ni desinteresada ni beneficiosa, y que haya segunda intención detrás de lo que le digo. Esa desconfianza es el resultado de la vida que llevan Uds. en la Tierra y de las relaciones entre los hombres de allá. Cuando Ud. haya estado un tiempo aquí podrá comprender por qué queremos vuestro bien y por qué nuestra felicidad no es el producto del despojo a los demás sino que la práctica misma del bien y la ayuda a otros. Espero que Ud. se convenza de que tenemos cosas útiles que enseñarles en el campo de las relaciones humanas, en que Uds. han progresado poco.

—¿Podría explicarme —le dije— los errores que cometemos en nuestras relaciones mutuas y cómo corregirlos?

—Uds. tienen intereses encontrados que impiden que el espíritu de confraternidad, innato en el hombre, actúe libremente. Mientras no hagan desaparecer esos intereses encontrados no podrán recorrer el camino de la felicidad.

—Desearía, Sr. Presidente, que me explicara mejor esto.

Mi interés por la conversación había crecido súbitamente y el Presidente lo notó, mostrándome ahora su amplia sonrisa..., acogedora. Me examinaba con su

bondadosa mirada que me inspiraba absoluta confianza.

—Es muy sencillo —me dijo—. Entre Uds. hay menos bienes que los que necesitan, y se los disputan. De la lucha por la posesión de los bienes proviene el odio, con todo su cortejo de inconvenientes, bajezas y sufrimientos. Es inútil pretender cultivar las virtudes, que son la única fuente posible de la felicidad, si no se suprime el odio y sus causas.

Yo recordé las escuelas filosóficas orientales que preconizan el ascetismo o abandono de toda ambición a poseer bienes materiales con el fin de evitar las luchas y odios entre los hombres; y se las expuse al Presidente.

—No es esa la solución —me dijo—, porque el hombre lleva en su alma anhelos de progreso. Si Ud. se los reprime lo hará desgraciado.

—Es que la otra alternativa es darle todos los bienes materiales que ambiciona y eso es una utopía. Los bienes materiales en la Tierra serán siempre insuficientes para satisfacer las necesidades crecientes de las generaciones cada vez más numerosas.

En ese momento entró en la sala un hombre joven que le indicó al Presidente algo que no entendí. El Presidente me dijo:

—Hemos llegado al fondo del problema y espero que Ud. no tendrá inconveniente en que nos veamos de nuevo y continuemos nuestra conversación. Ahora me avisan que está listo el transporte que se le ha asignado y podrá Ud. seguir así el programa de visitas y otras actividades que Aia quiere ofrecerle.

Salimos con el hombre joven y nos dirigimos al lugar en que estaba mi flamante transporte.

La mecanización en Marte es superior a todo lo que uno es capaz de concebir; pero no es una mecanización ostentosa. No hay ruidos ni mecanismos inquietantes. La movilización es casi exclusivamente individual, en transportes con forma de lenteja, de no más de dos metros de diámetro y ochenta centímetros de altura, donde uno se sienta al centro como un pájaro en el nido. No tiene ruedas ni alas y el techo es de cristal. Despega y aterriza verticalmente, con suavidad y puede desplazarse en el espacio tan rápido o lento como se quiera. Nada hay más simple que su manejo y no se le pone combustible sino una vez en la vida.

El bello transporte que me entregaron era para mi uso exclusivo, mientras permaneciera en el planeta. El hombre joven que me acompañaba me explicó el mecanismo y las reglas del tránsito.

Los choques entre estos vehículos son imposibles debido a un dispositivo electromagnético semejante al de los proyectiles “missless”; pero de efecto inverso, como se comprende. Durante la marcha es posible hablar por radio con otras personas también en viaje.

Mi acompañante y yo subimos, cada uno en su respectivo transporte y partimos. En poco rato habíamos recorrido extensos campos, donde se cultiva, como en la Tierra, el trigo, el arroz, las papas y todos los productos de la agricultura que yo conocía. El trébol, la alfalfa, el Ruy grass y otras plantas forrajeras formaban praderas

tan planas y parejas como los prados de un parque municipal.

La población marciana vive aquí, en villas adorables, diseminadas en los campos. Estas villas, con su huerto adyacente, transportes, mobiliario y demás objetos que hay en ellas constituyen la única propiedad privada de la familia marciana. La agricultura, la industria, la distribución y toda otra actividad pertenece a la colectividad o, mejor dicho, al Estado.

EL HOGAR MARCIANO

Mi guía me explicaba todo. Finalmente me llevó a una villa donde estaba dispuesto que viviera un tiempo para que conociera de cerca el hogar marciano.

Era una familia de cuatro personas: Oro, el marido, era distribuidor de alimentos. Una bodega de propiedad del Estado, le entregaba los productos de la agricultura, ya preparados para comerlos, y él los llevaba, en un amplio transporte, de forma y mecanismo parecidos a los transportes individuales, hasta entregarlos a las distintas villas de la comarca. Demoraba en este reparto poco más de medio día^[2]. El resto del tiempo estaba libre.

Ila, la esposa, cantaba en una sala de transmisiones de televisión todas las tardes, a la hora en que los marcianos terminan sus principales tareas diarias.

Eilú, la hija mayor, estaba ocupada en un laboratorio del Estado. En la actualidad analizaba una muestra de aire traída de la atmósfera terrestre por uno de los tantos marcianos que han visitado nuestro planeta.

Aló, el hijo menor, era obrero en un taller de fabricación de repuestos para transportes.

Cuando llegamos nadie nos esperaba. Mi acompañante me hizo entrar y me ofreció asiento al lado de una ventana desde donde se podía ver el extraño paisaje de un atardecer en Marte. El sol, más débil y pequeño que en la Tierra, dibujaba su disco con mayor nitidez por efecto de una atmósfera disminuida. Hasta el límite del horizonte todo era campo de cultivo y villas, diseminadas aquí y allá, situadas generalmente en la falda de los cerros o en la cima de alguna colina. La erosión milenaria ha suavizado la orografía del planeta.

El primero en llegar fue Oro que, evidentemente, estaba advertido de mi llegada y me tendió su mano afectuosa. Me explicó que había ofrecido su hogar para alojarme porque, personalmente, tenía interés en conocer detalles de la vida terrenal. Agregó que su familia y él estaban felices de tenerme y que yo debía sentirme en mi casa. Su inglés era enteramente gramatical, casi rebuscado. Todo le interesaba en mi relato y me examinaba con una mezcla de curiosidad y simpatía; pero yo tenía la impresión de que para él, lo que yo contaba era una historia dolorosa. Debo confesar que lo único que me mortificaba en esta descomunal aventura era el temor de inspirar lástima.

Pronto llegó Eilú, alegre hasta la risa; su reacción al verme fue de indecible sorpresa; pero muy luego se repuso, recordando seguramente la advertencia recibida. El idioma inglés presentaba para Eilú más dificultades que para su padre. Su charla cantarina volaba, al principio, de un tema a otro, sin que yo pudiera entenderle mucho. Pero luego hablamos de su especialidad y adquirió aplomo. La Física, la Química, la Mecánica y las Matemáticas la apasionaban. Terribles apuros fueron para mí seguirla en sus explicaciones, y peor aún tratar de contestar sus innumerables

preguntas: Peso, composición, coloración, afinidades y mil otras propiedades del aire, del agua y demás elementos de la Tierra tenían para ella una importancia enorme, como se comprende; pero yo no estaba, desgraciadamente, preparado para contestarle sino en forma muy incompleta e insegura. Qué no habría dado en esa ocasión por ser un sabio.

Hay en Marte horas de comida, como aquí, y tienen estas la misma deliciosa propiedad de juntar a la familia. Pronto llegó Aló y por último Ha, la encantadora esposa de Oro. La charla en la mesa de esa familia marciana, en que todos eran enteramente felices, fue para mí una dicha. Se habló de todo: del Arte, la Música, la Historia, las costumbres y los gustos, en Aia y en la Tierra. Ignoro si fue por un efecto contagioso, por sugestión hipnótica, influencia del ambiente o por alguna otra causa, que me sentía radiante de felicidad, de esa felicidad marciana propicia a la amistad y el afecto. Hubiera querido permanecer así indefinidamente.

Hicimos el programa para el día siguiente. Acompañaría a Oro en la mañana, en el reparto cotidiano de alimentos, y vería así una vez más, los campos y villas. En la tarde iría con Eilú a ver su laboratorio y los trabajos. Después de la jornada iría a oír la audición para televisión, donde cantaba Ila. El programa de visitas del día subsiguiente quedó pendiente para la noche, a la hora de comida. Ese día debíamos ir al taller en que trabajaba Aló y, si el tiempo lo permitía, visitaríamos algún club deportivo.

Ila me condujo a mi dormitorio y me despidió con un “good night” musical, aunque un poco elaborado.

Esa noche no dormí. Tantas y tantas imágenes pasaban por mi mente que no coordinaba las ideas. La entrevista con el Presidente, sus razonamientos sencillos y sólidos, dejados en suspenso por la prematura llegada de mi guía; el extraño panorama de Marte, sin ciudades, y con campos de cultivo tan cuidados como parques municipales; las bellísimas villas, en que vivían las familias marcianas diseminadas en los campos; y esa velada familiar, llena de alegría y cordialidad, presidida por la belleza de Ila. Su imagen se había grabado en mi mente.

Entre los recuerdos del día había un enigma por resolver: las palabras del Presidente: “Mientras no hagan desaparecer los intereses encontrados no podrán hallar el camino de la felicidad” y “Es inútil pretender cultivar las virtudes, que son la única fuente posible de la felicidad, si no se suprime el odio y sus causas”. ¿Cómo habían podido los marcianos hacer desaparecer los intereses encontrados y suprimir así la causa del odio entre los hombres? Porque era evidente que entre ellos no hay odios sino confraternidad. ¿De qué pasta estarían hechos estos seres? Sin embargo, no parecían distintos de nosotros. Hacía sólo algunas horas me había sentido, en la velada familiar, tan cerca de ellos como si fuera miembro de la familia. El enigma era completo.

Visitamos las villas en compañía de Oro. Entregábamos pequeñas cajas de provisiones, que despedían, a través de la envoltura, un suave y apetitoso olor.

En la tarde fuimos al laboratorio en que trabajaba Eilú, amplio, luminoso y bello, donde innumbrables instrumentos brillaban sobre las mesas de trabajo. Eilú, alegre como siempre, me explicaba todo. Llevaba la cabeza amarrada con un pañuelo rojo, anudado por debajo de la barbilla, y la cubría una especie de delantal ceñido a la cintura, de amplia falda corta color negro. Me explicó fenómenos físicos enteramente desconocidos para mí e instrumentos que jamás me hubiera imaginado. Mi ignorancia resultaba aquí aterradora. Sobre su escritorio de trabajo había un tubo de no más de ochenta centímetros de alto y veinte centímetros de diámetro, con una luz violeta en la parte superior y numerosas ventanas laterales. Me acerqué a mirarlo y me dijo: “Aquí estoy observando una muestra de aire de la atmósfera terrestre, en este microscopio mesotrónico”.

—¿Mesotrónico? —le dije.

—Sí —dijo ella—. Es parecido, en principio, al microscopio electrónico que Uds. usan; pero los rayos de amplificación están constituidos por mesotrones, o rayos cósmicos. En vez del filamento incandescente situado en una atmósfera de alto vacío que Uds. usan para producir electrones, nosotros disponemos una pantalla bombardeada por neutrones de bastante energía, producidos simplemente por un isótopo adecuado. No se necesita, como Ud. comprende, la aceleración de los corpúsculos a lo largo del eje del microscopio, ya que parten acelerados. Basta para obtener la amplificación un control de la velocidad de los mismos. No es preciso así disponer un campo magnético acelerador, lo que reduce el volumen del instrumento. El resultado es una mayor amplificación y una imagen más clara y estable. Eilú me explicaba todo con tanta sencillez y simpatía que el tiempo pasaba sin sentirse. Todos los procesos del laboratorio tenían la sencillez de concepción y operación propia del tremendo grado de progreso a que se ha llegado en ese planeta.

Al atardecer fuimos al concierto para televisión en que cantaba Ila.

Para poder comprender lo que significa la televisión en Aia y, en general, lo que significa el teatro allá es preciso pensar que él forma la estructura fundamental del sistema educacional. La elevada moral, los conocimientos científicos, técnicos y prácticos, la gracia y distinción de los modales, el sentido artístico y, en suma, la cultura, reciben del teatro, y en especial de la televisión, la fuerza orientadora más efectiva. Nadie allá está ajeno a su influencia y el Estado como también la Colectividad, velan porque lo que se irradie sea lo mejor que tienen.

Ila cantó solo una vez esa tarde. No habría podido imaginar que la naturaleza produjera, ni aún en Marte, gargantas como la de Ila. Probablemente es la supertécnica de esos seres la que temple las cuerdas vocales de los cantantes. La dulce melodía, la gracia exquisita, el tecnicismo, la grandeza, brotaban sin dificultad de los labios de esa primorosa criatura, que en medio de la escena era una diosa del arte, de la armonía y de la belleza.

Después del número de Ha había una conferencia sobre medicina y cirugía que yo no estaba en condiciones de asimilar. Nos fuimos a casa nuevamente, donde llegamos

a la hora de comer. Por segunda vez me encontraba sentado en esta mesa que ya me parecía familiar.

HISTORIA DE A I A

El comedor de Oro era circular, como también la mesa. No había pues asiento de honor, lo que estaba de acuerdo con la sencillez marciana. Fuera de los miembros de la familia y yo, habían invitado a Yu, mi compañero del viaje interplanetario y Ailin, su linda y talentosa pequeña mujer, que lo había acompañado en numerosos viajes a la Tierra. Mis otros dos acompañantes: Oa y Aú no estaban debido a compromisos sociales anteriores, tan frecuentes en Aia.

Yu sabía mucho sobre la vida terrenal, y podía ser considerado un experto. Me ayudó mucho esa noche a satisfacer la curiosidad de todos. Esta vez se habló de asuntos económicos y sociales principalmente. Aló preguntó si había asociaciones deportivas obreras.

—Sin duda le respondió Yu, con algo de ironía, que los obreros están asociados en la Tierra; pero no es con fines deportivos sino de resistencia a los patrones o al Estado. Lo que persiguen con esto es ganar lo más posible y trabajar lo menos posible. Es una de las formas que toma allá la lucha por la vida: la lucha de clases.

Aló pareció no comprender al principio lo que se decía y se quedó pensativo; pero luego, ordenando sus ideas, dijo:

—La historia de Aia da cuenta también de que en los tiempos primitivos había una terrible lucha por la vida. El suelo, la habitación, los alimentos eran vivamente disputados. Luchaban entre sí los individuos, los grupos de individuos o partidos, y las naciones en que se dividía la población. Las armas de combate, normalmente eran la sagacidad y el engaño. Así, los más hábiles y menos escrupulosos se enriquecían o escalaban los más altos puestos, mientras que los menos dotados o demasiado escrupulosos para esa época, ocupaban los lugares más modestos. Se vivía así en una lucha constante: considerada como un mal inevitable, inherente a la naturaleza humana. Cuando la tensión llegaba al punto de ruptura estallaba la violencia, que tomaba la forma de crimen, revolución o guerra según que se produjera entre individuos, partidos o naciones.

En estas luchas perecían los más débiles. Los sobrevivientes, o sea los triunfadores salían también maltrechos. Se vivía en perpetuo sobresalto. No se conocía la dulzura de la paz perpetua de ahora; en cambio se perfeccionaban las aptitudes para la lucha, como el egoísmo y la desaprensión por la desgracia ajena. La bondad, el amor al prójimo y la nobleza de alma con que nace el común de los hombres, desaparecían pronto ante la ruda prueba a que los sometía la lucha.

Oro intervino entonces y dijo:

—No crean Uds. que los inconvenientes de esto eran ignorados. Sucedió algo extraordinariamente curioso. A los niños se les enseñaban códigos de conducta inmoral tendientes a hacerlos bondadosos y correctos. Los hombres predicaban el bien y la necesidad de manifestar espíritu público en todos los actos de la vida. Todos se sentían ofendidos si alguien suponía en ellos egoísmo o deshonestidad; pero se

practicaba lo contrario. Un escritor de la época llegó a decir, con una mezcla de humorismo y amargura: “La palabra se ha hecho para ocultar el pensamiento”. No es raro así que los niños, tan pronto como llegaban a la edad de discernir, confrontaran lo que se les decía con lo que veían y se hicieran escépticos y luego, sagaces. Así se iban formando las nuevas generaciones y se mantenía la maldad sobre el planeta.

—La condición desdichada del hombre resultaba, dijo Aló, de que los bienes producidos o acumulados de generaciones anteriores no alcanzaban a satisfacer las necesidades porque el número de habitantes y las exigencias individuales crecían demasiado rápidamente. La consigna era producir más y más; pero todos veían que este camino no los conducía a la felicidad. La lucha era cada día más violenta.

—Sin embargo, dijo Oro, ya en tiempos muy remotos hubo marcianos que comprendieron la causa del mal y la manera de remediarlo. Ellos formaron una secta o partido llamado de los Josos.

—¿Cuál fue el remedio propuesto? —pregunté.

—Muy simple, dijo Oro. Asunto de matemáticas. Una ecuación: Si no se puede disponer de suficientes bienes para las necesidades de una población creciente, se limita el crecimiento hasta que se acumulen los bienes necesarios.

—Pero la limitación o control en el aumento de la población es contrario a los instintos naturales del Hombre, le interrumpí, por lo menos en cuanto a lo que sucede entre los hombres de la Tierra. Se opina allá que todo lo que se haga contrariando esos instintos está destinado a fracasar. Además, si se eliminan las privaciones y la lucha por la vida, que son los estimulantes de la actividad y el estudio, se habrá eliminado también el progreso.

—Efectivamente —dijo Yu—. Así se opina en la Tierra porque conservan la mentalidad de la primera etapa de su desarrollo. Nuestros hombres primitivos pensaban y procedían lo mismo. Por mandato de Dios debían “crecer y multiplicarse” para poblar el planeta. Cuando esa meta fue alcanzada siguieron empeñados aún en aumentar y corrían ciegamente tras el progreso, que consideraban la única fuente potencial de la felicidad. Aunque en último término lo que deseaban era la felicidad misma, no hacían nada científico por conquistarla directamente. El aumento descontrolado de la población creó entre los marcianos la escasez. Los bienes que producía el trabajo y el genio del hombre no alcanzaban sino para unos pocos: los más audaces, a veces, los más fuertes otras, los más sagaces generalmente. Los desposeídos reivindicaban también para sí el derecho a esos bienes y se entabló la lucha, las rivalidades y los odios que hicieron la desgracia de todos. Se vio así que el simple progreso de la Ciencia y de la Técnica no traía ya la felicidad sino que, a menudo, lo contrario. Cada ser que llegaba en exceso al planeta creaba problemas sin solución.

—En la Tierra —dije—, suceden hoy día cosas parecidas. Sin embargo, tenemos allá extensas regiones poco desarrolladas, donde podrían vivir muchos millones de seres humanos: América, África, Oceanía, etc.

—Así es —dijo Yu—. He viajado sobre esas regiones que encierran una riqueza potencial enorme. Sin embargo, no están equipadas para recibir habitantes. No tienen medios de explotación de la agricultura, industrias, minería; no hay hogares ni recreación para los hombres, ni tampoco se ha acondicionado el clima. Si se envían nuevos pobladores, en las condiciones actuales, irán sólo a aumentar el número de los desdichados. Los primeros habitantes del planeta también estuvieron entregados a su propia suerte, en un mundo salvaje; pero para ellos no había alternativa. Tampoco tenían otras vidas regaladas con qué comparar su triste situación. Si Uds. procedieran racionalmente no dejarían llegar a vuestro mundo sino a aquellos que tuvieran cabida satisfactoria y de cuya suerte se pudiera preocupar integralmente la Colectividad. Es tan reprobable dar la existencia a un hombre que se sabe que no va a tener qué comer, como quitar su alimento a un hombre que ya existe. En ambos casos se está provocando, deliberadamente, el mismo sufrimiento.

—¿Ud. estima entonces que incluso convendría que se redujera la población actual de la Tierra?

—Yo estimo —dijo Yu— que les convendría dejar llegar al planeta sólo a aquellos que vayan a disponer de los medios para vivir satisfactoriamente, sin disputar los bienes a los demás.

—¿No cree que, si disminuyera la población también disminuiría el ritmo del progreso, lo que exigiría nuevas reducciones de la población, hasta extinguirse probablemente?

—La disminución del ritmo del progreso —dijo Yu— no significa su supresión, de modo que continuaría acumulándose la riqueza, aunque a un ritmo menos acelerado. Podría, en consecuencia, seguir aumentando la población en forma moderada. El progreso no sería, así, el producto de la angustiada y apremiante necesidad de sobrevivir, sino de la satisfacción del deseo espontáneo y dichoso de progresar. Ud. no puede imaginarse cuánto entrabó el progreso de Aia la lucha por la vida que sostenían los antiguos marcianos: La desconfianza hacía necesarios terribles controles burocráticos; las rivalidades entre naciones conducían primero, a un armamentismo agotador y finalmente a guerras catastróficas; las injusticias y atropellos producían desaliento, amargura, enfermedades mentales y otros males entre los hombres; las luchas sociales saboteaban, reducían y aun, paralizaban la producción, etc. Una población cuyo número esté limitado a las posibilidades de la riqueza existente, como aquí en Aia, no es víctima de esos absurdos y coordina armónicamente su acción en un ambiente de cooperación y amor al prójimo que la hace eficiente y dichosa.

Si no hubiera conocido ya lo suficiente sobre la vida en Aia para poder atestiguar que Yu decía la verdad habría pensado que hablaba en utopía. Pero ahí estaba el ejemplo vivo de ese maravilloso planeta. ¿Qué etapa formidable del progreso social habían recorrido estos hombres para franquear la barrera que separa el sufrimiento de la felicidad?

—Temo —dije— que nunca lleguemos en la Tierra a vivir como lo hacen Uds. No me explico la evolución que los condujo a esta vida superior.

—No fue una evolución —dijo Oro—, sino la obra de la casualidad. Tan enconadas eran las rivalidades desencadenadas en la lucha por la vida, que los descubrimientos más importantes se destinaban a la guerra. Por ese tiempo se había descubierto el secreto de la energía atómica y, en vez de aprovecharlo en beneficio del hombre, prepararon armas y desencadenaron una guerra de exterminio que parecía destinada a hacer desaparecer todo vestigio de vida sobre el planeta. En verdad fue horrible. Sin embargo, quedó más gente esterilizada que destruida, por las radiaciones atómicas y durante tres o cuatro generaciones hubo pocos nacimientos. Las consecuencias sociales y económicas de esto fueron una sorpresa. Sobrevino una era de paz y bienestar como la de que disfrutamos ahora. Se aprendió a valorizar la vida y felicidad ajenas; florecieron las virtudes y se desterró el odio, el engaño y el atropello. Los hechos habían dado la razón a los Josos y esta secta consiguió que se implantara una ley racional de control de la natalidad. Esta ley perpetuó la felicidad y progreso que Ud. ha visto en Aia.

Los marcianos tienen el don de inspirar absoluta confianza en lo que dicen. La idea del control de la natalidad me parecía ahora más aceptable; sin embargo, no entendía cómo podía llevarse a la práctica en un mundo como el mío en que esto se deja a Dios y al instinto. Debo haber hecho un gesto de interrogación porque Ailin, adivinando mis dudas me dijo:

—Para Ud. no resulta claro el significado del matrimonio y el amor entre nosotros. La verdad es que significa lo mismo que para Uds. eso sí que sin más hijos que los autorizados por el Estado. En general cada matrimonio tiene derecho a tener dos hijos, a fin de mantener la población. Si muere uno de los hijos, el matrimonio queda automáticamente autorizado para tener otro en su reemplazo. Cuando se comprueba un aumento estable de los bienes y de la producción, en el planeta, se autoriza a algunos matrimonios, que se han distinguido por sus servicios a la colectividad o que han contribuido especialmente al aumento de los bienes, para que tengan un tercer hijo. Si los bienes se destruyen por algún accidente o disminuye la producción en forma permanente, que afecte al stock de reserva, se reduce a un hijo la autorización entre los matrimonios menos colaborantes con la colectividad. Todo matrimonio que tiene un hijo más que lo autorizado es esterilizado y confinado en Aiasin N.º 2^[3]. Igual castigo se aplica a los que faltan a otras leyes. Las resoluciones son tomadas por el Jurado del Estado.

—Me imagino que la tarea de este Jurado es complicada, dije.

—Así es, dijo Ailín; pero tiene normas de procedimiento que hacen que sus resoluciones sean una simple consecuencia de los antecedentes acumulados. Estas normas están encaminadas a practicar la eugenesia. Todo vestigio de egoísmo, hipocresía, orgullo, prepotencia, desidia, o enfermedad degenerativa va siendo así eliminado y se van reforzando las buenas condiciones físicas, morales e intelectuales.

Como Ud. comprende, esto, a través de generaciones y generaciones, ha tenido que conducir a una raza homogénea.

La comida había transcurrido en esta charla sorprendente que me mostraba un mundo no soñado. Nos paramos de la mesa e Ila, como la noche anterior me fue a dejar a mi cuarto. Esa bella mujer mostraba por mí una preocupación piadosa. En parte, tal vez, era en ella una forma de la hospitalidad, y es posible que también fuera un sentimiento casi maternal por un ser defectuoso. Esto me hería; pero me atraía hacia ella.

Al día siguiente visitamos el taller en que se fabrican repuestos para transportes, donde trabajaba Aló. Era una fábrica grandiosa, en que podían fabricarse absolutamente todos los repuestos y en que, como subproducto, se armaban transportes completos. La racionalizada industria marciana tiene la standardización integral. Toda pieza que se daña es retirada del transporte y cambiada por una nueva en los Almacenes del Estado, los que la envían a la fábrica para su reconstrucción.

Los talleres de la fábrica son luminosos, con grandes espacios libres, limpios, hermosos y casi sin ruidos. Prácticamente todo el trabajo se hace a máquina, automáticamente y los pocos obreros que hay ahí tienen casi exclusivamente funciones de control. Actúan sin afán. Son finos y alegres como todos los marcianos.

Cuando salimos de la fábrica Aló me dijo: Aquí no hay clases sociales como entre Uds., ni existen problemas obreros. Trabajar entre nosotros es una necesidad fisiológica, como la de comer, dormir, hacer deportes, leer o asistir a los conciertos. Los trabajos pesados los hacen las máquinas y nosotros las manejamos, conservamos y reparamos.

—¿Qué sucede si un obrero no quiere trabajar? —le dije.

—Sencillamente no trabaja —dijo Aló—. Hay siempre voluntarios que esperan su oportunidad para trabajar; pero nadie rehúsa ejecutar un trabajo. La ociosidad es tal vez lo que más tememos los marcianos.

EL ESTADIO

Salimos lentamente de la fábrica y Aló me invitó a un campo de sports donde se reúnen los marcianos después de las horas de trabajo. Hay aquí un verdadero culto por los deportes, los que se practican con nobleza como todo lo de este mundo en que nadie procede por interés material.

Conocí así, el ambiente de una reunión pública, sencillo y cordial. Casi todos practicaban ejercicios. Nos acercamos a un grupo que miraba las pruebas de salto largo sin impulso, de varios atletas de prestigio.

Desde que adopté el traje marciano, dejé de ser la sensación de todos. Pero aun así, he debido, sin duda, ser para ellos el fenómeno llegado de la Tierra. El altoparlante anunció mi presencia en ese momento. Muchos formaron círculo alrededor mío. Por más que traté de descubrir en sus caras la expresión de extrañeza o ridículo que debo haberles producido, no observé nada. Son demasiado finos para herir ni aún con un ademán o un gesto. Solo sentí cordialidad hacia mi ruda persona. Aló, sirviéndome de intérprete, me impuso de lo que se hacía y me explicó las pruebas.

Los marcianos son físicamente más débiles que nosotros. A pesar de mi falta absoluta de entrenamiento durante muchos años, salté a pie junto. Ni en mis lejanos días del colegio fui un buen atleta; pero ahora debo haber dado un salto apreciable porque adquiriré prestigio y me convidaron a un campeonato atlético que iba a haber dentro de pocos días más.

Mi vida empezó a trascurrir dichosa. El “Diario de mi Viaje” dice, de esta parte de la aventura, lo siguiente:

Esos^[4] 19. — Hoy hace seis días que llegué a este planeta. Me siento feliz. Ila empezó a enseñarme el idioma. Creo que lo aprenderé pronto. Profesora y alumno ponen interés en la tarea y es un lenguaje sencillo y lógico.

Esos, 25. — Hoy ha sido un día de emociones. El campeonato atlético fue un éxito inesperado. No menos de cincuenta mil personas vinieron a ver las pruebas; en su mayor parte, según me dijeron, atraídas por la novedad de ver actuar a un hombre de la Tierra. Me sentía enormemente responsable de mi actuación porque era aquí el primer representante de mi planeta. Durante cinco días me había estado entrenando como cuando era muchacho, especialmente en la prueba de velocidad, para la cual mi corazón no es el mismo de hace treinta años. El resultado, por un milagro, fue bueno. La prueba principal era una carrera de ochocientas vastas (algo así como cuatrocientos cincuenta metros) y tomaban parte los mejores corredores de Aia. En la partida todos estábamos nerviosos y el público mostraba una expectación increíble. Cuando se dio la partida había un silencio absoluto. Mis cuatro competidores se lanzaron con gran velocidad; mientras que yo no lograba acelerar porque los pies me patinaban al tratar de ejercer presión contra el suelo. En pocos segundos me tomaron

cerca de cien vastas de ventaja. Sin embargo, luego, inclinándome más hacia adelante, mejoré el contacto con el suelo y fui adquiriendo poco a poco una velocidad que nunca había alcanzado en la Tierra. Veía pasar el suelo velozmente bajo mis pies y sentía que el público gritaba frenético a medida que descontaba ventaja a mis competidores. Llevábamos recorridas algo así como seiscientos cincuenta vastas, cuando comprendí que aún tenía posibilidades de ganar y, haciendo un esfuerzo desesperado, aumenté aun la velocidad. Cuando faltaban no más de treinta vastas para la meta alcancé al último del grupo y casi en la misma meta sobrepasé al primero...

La impresión que produjo entre los marcianos mi rápida carrera fue muy grande y los aplausos y los gritos atronaban el estadio. Siguiendo la costumbre, me pasearon en brazos por la pista y me llevaron finalmente hasta la cabina del Jurado. Yo, que en la Tierra fui siempre mediocre y anónimo y que jamás conocí los aplausos, aquí, en este lejano planeta, fui popular y admirado, por obra de la diferencia de la pesantez.

Ila vino a ver las pruebas y al terminar me estrechó en sus brazos. Ha tomado este triunfo casi como cosa propia. Creo que siente ahora verdadero interés por mí. La admiro. ¡Es tan hermosa, tan delicada, tan espiritual!

Esos, 37.—El Presidente me llamó para conocer mis primeras impresiones sobre Marte. Tuve la satisfacción de hablar varias frases en el idioma marciano y entendí bastante del sentido de lo que se me dijo. El Presidente sabía de mis éxitos atléticos y me felicitó, agregándome que suponían en Aia que los habitantes de la Tierra seríamos físicamente más fuertes que ellos. Me pidió que colaborara en la vida cívica, para darme la ocasión de que conociera de cerca los principales problemas del planeta. Me tiene reservadas funciones en el Consejo de Estado, de las que me haré cargo dentro de treinta días más, si es que entonces puedo manejar satisfactoriamente el idioma. ¿Llegaré a ser digno de esta prueba de confianza con que me han distinguido estos bondadosos marcianos? Haré cuanto esté en mí.

Esos, 39.—Hoy me dijo Oro, a la hora de almuerzo: “Ud. ha estado aquí ya hace treinta días y aún no nos dice qué piensa de nosotros los marcianos, y cuáles son sus planes”.

—Lo que pienso de Uds. —le dije— debe notárseme sin que lo diga: Son dueños de mi corazón. En cuanto a mis planes futuros, no existen.

—¿Ud. querría quedarse aquí para siempre? —me preguntó Ila.

—Para siempre —le contesté—; pero temo que no sea posible. Le oí decir al Presidente que se me trajo como una muestra. Serán diez mil los hombres de la Tierra que traerán, para saber lo que somos allá, y ver si podemos aprender el sistema de vida de Uds. Me imagino que llegará el día en que me manden de vuelta a la Tierra.

—Yo puedo adelantarle —dijo Oro— que no todos los diez mil que vengan van a volver a la Tierra, a menos que los diez mil lo deseen. Llegará el momento en que Ud. tenga que decidir.

—Mi elección está hecha —respondí—: Me quedo. Y no podía ser de otra manera

porque en el poco tiempo que había permanecido en Aia había aprendido a admirar y querer profundamente a esa gente, toda.

EL CONSEJO DE ESTADO

Onos^[5], 7.—Hoy he asistido por primera vez a una sesión del Consejo de Estado. Los problemas angustiosos de Gobierno, que terminan con la salud y felicidad de los gobernantes en la Tierra, no existen en este planeta. Al igual que en una empresa bien organizada, casi no hay aquí tareas de Gobierno. Se trató sobre una solicitud de dos mil miembros de la Reserva del Trabajo (jóvenes postulantes a obreros), que pedían que el Estado los organizara para construir un criadero de peces, de una especie recién descubierta. El criadero se instalaría en un sitio en alta mar. En Aia no sólo se cultivan los campos, sino que también el océano. Tal como en las praderas se cría ganado, en las llanuras del mar crían peces con una técnica avanzada. Para este fin construyen, en sitios adecuados, casi siempre aprovechando bahías y canales, cierros de mallas sostenidas por flotadores, que caen hasta una profundidad suficiente para que no escapen los peces cultivados ni entren otras especies dañinas. Forman así grandes recintos donde controlan la fauna marina.

También se trató sobre el mejoramiento del Reglamento del Tránsito Aéreo; y sobre un informe presentado por obreros de una fábrica de textiles, en que se dan a conocer ciertos dispositivos descubiertos por ellos para mejorar la calidad de las telas, a fin de que estas mejoras pudieran ser introducidas en otras fábricas. Finalmente, se dio cuenta de mi permanencia en Marte y la probable llegada de otros habitantes de la Tierra.

Mi papel en el Consejo se limitó a oír, lo que no me resultó fácil, porque aún presenta dificultades el idioma para mí.

Terminada la sesión el Presidente me llevó a su oficina y me obsequió varios libros, entre los cuales me hizo notar algunas Historias de los tiempos primitivos de Aia, en que, según él, se puede comprobar que las cosas sucedieron allá tal como suceden ahora en la Tierra, hasta que se introdujo la ley jósica (de los Josos) relativa al control de la natalidad.

Onos, 9.—El Consejo de Estado está integrado por representantes de todas las actividades de Aia. La Industria, la Agricultura, los Transportes, la Ciencia, la Justicia, las Artes, las Letras, etc., designan delegados que hacen presente las necesidades y formulan los proyectos para la actividad que representan. El Presidente es designado por el Consejo.

Antes de terminar la sesión de hoy, venciendo los nervios que siempre se me hacen presente cuando hablo en el Consejo, dije que había sido conquistado por la bondad de los marcianos, como también, por la prueba de máxima confianza que significaba mi designación como miembro de la Corporación. Agregué que en estas circunstancias me creía obligado a hacer presente que en la Tierra, desde tiempos muy remotos, se tenía una opinión falsa sobre los marcianos, y que se les consideraba seres peligrosos, guerreros por naturaleza, crueles y ambiciosos, y que si llegaban

alguna vez a la Tierra sería para conquistarla y someterla, llegando, presumiblemente, a destruir a todos los actuales habitantes.

La reacción de los miembros del Consejo ante lo que dije me demostró que conocían nuestros prejuicios sobre ellos. El Presidente, con franqueza y cordialidad, dijo: Ud. ha visto, en el tiempo que ha estado entre nosotros, que somos contrarios a la violencia y a la conquista. Nuestro planeta nos basta. Desde hace varios años nos hemos interesado por la Tierra y hemos viajado hacia allá porque creemos que nuestra obligación, como mundo más evolucionado, es enseñarles a Uds. que para ser feliz hay que ser bondadoso y tener nobleza de alma. Desterrar el odio, eliminando sus causas, que son las disputas por la posesión de los bienes; y que lo único que conduce a ese resultado es la limitación de la natalidad. Creemos que cuando allá se comprenda y practique eso los hombres de la Tierra serán tan felices y pacíficos como nosotros, y podremos llegar allá sin producir suspicacias, ampliando las posibilidades y agrados de ambos mundos.

A proposición del Presidente se tomó el acuerdo de promover reuniones de los Consejeros, por separado, conmigo, para intercambiar informaciones y, finalmente, tener una reunión conjunta en que se estudiara una recomendación para enviarla a la Secretaría General de las Naciones Unidas, en la Tierra.

Onos, 12.—Hoy tuve una entrevista con Ari, el Consejero de Educación. Es un hombre de mediana estatura, de edad madura, ojos azules y mirada penetrante. Rubio, como casi todos los marcianos, delgado y de andar flexible, es generalmente, poco locuaz. Me invitó a sentarme en un amplio escaño del jardín de su casa, donde los pájaros cantaban y volaban de árbol en árbol mientras charlábamos. Era ya cerca de mediodía.

—La enseñanza, en los primeros tiempos de Aia —me dijo— no era uniforme. Variaba su calidad, extensión y método. Como se comprende, conducía a diferencias de cultura entre los hombres, que hacía muy difícil la convivencia. Aunque se destinaban muchas energías y desvelos, el rendimiento era sumamente bajo. Solo una pequeña proporción de lo que se enseñaba era asimilado por los alumnos.

Este bajo rendimiento se debía, en parte, a la falta de objetividad de la enseñanza. En efecto, se destinaba a la educación solamente el período de desarrollo del individuo, durante el cual se pretendía darle TODOS los conocimientos necesarios para la vida. Los recibía, en consecuencia, en forma de pura teoría, que no podía entender muy bien en su significado ni grabar mucho en su memoria. Más tarde empezaba a vivir su vida y cesaba bruscamente de recibir instrucción, lo que hacía que olvidara pronto gran parte de sus conocimientos.

Hoy día, en Aia, la enseñanza teórica y la experiencia de la vida llegan simultáneamente a los niños, los jóvenes, los adultos y los ancianos. Los niños desempeñan, como los grandes, tareas útiles a la colectividad, adecuadas a su capacidad, y asumen responsabilidades en la Sociedad como una manera de adquirir experiencia. Conjuntamente, se les suministra la enseñanza teórica relacionada con

sus actividades, mediante la televisión, la radio, el biógrafo, el teatro, los juegos y los deportes. Este mismo sistema se hace extensivo a los jóvenes, adultos y ancianos; pero sus actividades son más avanzadas, como se comprende.

Otra causa del mal rendimiento de la educación primitiva era el grado de verdadera indigencia material, intelectual y moral en que se encontraba la población escolar, porque la Colectividad no tenía capacidad para satisfacer las necesidades de la masa de la población infantil. Cuando se controló el número de habitantes encuadrándolo dentro de lo que se podía mantener satisfactoriamente con los bienes existentes, la Colectividad pudo ocuparse de cada uno de sus componentes, dándole todos los medios para hacerlo un hombre cabal.

Finalmente, la enseñanza tenía mal rendimiento porque en esos tiempos los niños recibían mal ejemplo, en contradicción con la enseñanza moral que se les impartía. También desapareció esto con la desaparición del odio entre los marcianos.

Las palabras de Ari me hicieron recordar cosas que, desgraciadamente, había visto también en la Tierra. Niños que llegaban a la escuela venidos de un hogar imperfecto o de donde no hay hogar, de la miseria y del vicio, y aún, de la maldad y del crimen. Niños aun pequeños que lloran de hambre y de frío, a quienes su pobre madre, si la tienen, harapienta y dolorida, no puede darles, ni siquiera una sonrisa de consuelo porque su alma está ya endurecida por el largo calvario. Otros niños ya más grandes, que no lloran porque han aprendido ellos mismos a endurecerse; pero que saben del vicio y de la riña. Y los hombres y mujeres, en fin, que aprenden disimulo porque más de una vez, su buena fe ha sido burlada por los más audaces.

En ese momento la esposa de Ari nos vino a buscar y los tres pasamos al comedor, donde nos esperaba un apetitoso almuerzo.

Hasta aquí mis apuntes estaban en buen orden. Más adelante hay un período en que aparecen confusos y saltados y debo recurrir a la memoria.

Oro me invitó a fiestas, conciertos, conferencias y otras reuniones que forman parte de la intensa vida social. A veces nos acompañaba Ila; pero rara vez estaba libre de otros compromisos. La gente es alegre, fina e ingeniosa, como en el gran mundo, en la Tierra; pero son sencillos, sin preocupaciones sociales y modestos. En sus frases no hay jamás veneno ni malquerencia. Esta gente es auténticamente noble, tal vez por la selección efectiva, llevada a cabo por cientos de generaciones. Es posible que el Creador haya hecho a los hombres de la Tierra susceptibles de llegar a igual perfección, si se les quitan las causas para odiarse y se les selecciona por tanto tiempo como en Marte.

I L A

Vuelven aquí mis apuntes a estar en buen orden

Onos, 33.—Ila me invitó esta mañana al bosque. El día estaba espléndido. Volamos un largo rato a media altura, sobre el paisaje ya tan familiar para mí, y llegamos a una montaña cubierta de bosques, que es un lugar favorito del romanticismo marciano. Bajo los grandes árboles dejamos nuestros transportes y nos sentamos en el pasto. Ila llevaba el pelo suelto, vestida con una túnica señida a la cintura, de color rojo cálido, que daba más realce al oro de su pelo. Sus sandalias eran del mismo color rojo. Estaba radiante de felicidad y hermosura y cantaba cortas estrofas, mucho más cortas que lo que yo hubiera querido.

—Ud. no nos ha dicho TODO lo que piensa de Marte —me dijo, mirándome a los ojos.

—Ud. ya sabe —le dije— que pienso que este es un mundo superior, en el que están resueltos todos los problemas que atormentan nuestras vidas en la Tierra.

—¿No siente nostalgia de la Tierra?

—Podría sentirla —le contesté—. Tengo allá una esposa buenísima, hijos, amigos y recuerdos agradables.

—Sin embargo, Ud. decía hace algunos días que estaba dispuesto a quedarse aquí, si no lo obligaban a volver.

—Así es, Ila —le contesté—. Me han abandonado los sentimientos terrenales. Me sucedió como si al alejarme del planeta, junto con disminuir la atracción gravitacional que él ejercía sobre mi cuerpo, se relajaran los afectos terrenales. Pienso que es la gravitación lo que da la facultad de sentir y amar a los habitantes de un planeta.

—¿Y la gravitación marciana, no le hará el mismo efecto entre nosotros? —me preguntó con un leve gesto de malicia.

—En la Tierra se cree que la gravitación es un fenómeno universal, le contesté, y en tal caso debo sentir afectos aquí.

Nos miramos a los ojos un rato. En su mirada había un brillo que yo no conocía en ella. De pronto, sin que yo lo imaginara, me tomó de ambos hombros y apoyó su frente contra mi pecho. Yo no recuerdo muchas cosas; pero sé que la estreché apasionadamente. Mi boca la besó en el cuello... y la mejilla, en busca de su boca. Mil veces le dije que la amaba. Después... nuestros labios se unieron en un largo beso, cálido, vehemente. Oprimí su deliciosa cabecita con mis manos y sus brazos se anudaron en mi cuello. No sé cuanto rato estuvimos así, ni podría expresar la intensidad del éxtasis que invadió mi ser. Cuando ella quitó lentamente sus brazos de mi cuello y nuestras bocas se apartaron, había una lágrima en sus ojos y en su boca un casi imperceptible gesto nervioso.

Quedamos un rato en silencio.

—¿Qué piensa de mí? —me preguntó interrogante.

—No pienso nada, Ila —le dije—. Solo siento. Siento una loca pasión. Quisiera

hacer de Ud. algo pequeño de tomar, todo entero, entre mis manos, y hundirlo en mi pecho..., en mi corazón, confundirlo con él y después... no ser nada. Desaparecer en un sueño eterno, para que nada me quiten de este instante delicioso.

Ila recuperó la calma. Se quedó un rato silenciosa y luego me dijo: ¿Vamos? Regresamos volando a gran altura. Ila venía alegre y yo también.

EL FESTÍN DE KUN

Onos, 37.—Hoy tuve una reunión en casa del Consejero Agrícola Kun. Es un hombre de edad avanzada, que usa lentes para mirar y leer. Es viudo y tiene un solo hijo: Gesi, que trabaja con su padre en los cultivos del Estado. La villa que habita está situada en la cima de una colina, desde donde se domina una extensa zona. Es una casa de hombres solos. Kun vive para el estudio y las tareas agrícolas que se ha impuesto. Sus distracciones son intelectuales y artísticas. En las tardes va a un centro musical o al club, donde generalmente se queda a comer. Tiene fama de ser un incansable y ameno charlador.

Kun nos hizo pasar al comedor, grande y circular, cubierto por una cúpula de vidrios y vitreaux, iluminado fantásticamente y adornado con plantas y flores de gusto exquisito. El ambiente de este comedor era impresionante por la sensación de confort y lujo que producía. Para atender a los invitados había venido Eilú, que es amiga muy íntima de la casa, y de quien está Gesi enamorado, aunque, al parecer, sin esperanzas porque Eilú tiene todo su cariño en el trabajo de su laboratorio. Gesi vive de la esperanza, hace ya más de un año (marciano) y su pasión sigue sin variación. Eilú es gentil con él y con su padre, y a menudo salen juntos. Ellos tres y algunos parientes y amigos de Kun forman una orquesta que se reúne en las noches y tocan bellísima música de cámara.

Entre las personas que estaban convidadas a comer se contaba el Presidente y su mujer, Euta; Oro e Ila; el Dr. Aú; Yu y su mujer; Ari y su mujer y dos o tres personas más cuyos nombres no recuerdo.

En todo convite en Aia, la comida es preparada por los dueños de casa con el mayor interés y tecnicismo. Es una verdadera rivalidad entre las familias. Aquí actuaron Gesi y Eilú y era tan deliciosa la comida que pensé que si llegaban a casarse tendrían gran ventaja en la competencia. Pero... aquí como en la Tierra Cupido es caprichoso y tan pronto hace sufrir como gozar a los marcianos. El amor es para ellos el problema menos resuelto y creen que jamás lo resolverán, porque no obedece a la razón. Sus penas de amor las aceptan con una especie de morbosidad y sus dichas, con deleite. La vida sentimental es aquí muy intensa y el amor, el motivo central de ella. Podría decirse que aman el amor, y lo veneran. Le da mayor sentido a sus vidas.

Kun, amablemente, se refirió a mí al comienzo de la comida y dijo que esta visita del primer hombre que llegaba de la Tierra debía ser celebrada por los marcianos. Tuvo los mejores deseos para mi planeta, agregando que esperaba ver a la Tierra transformada en un nuevo Paraíso, como Aía. Dijo también que las relaciones amistosas entre ambos Mundos podían conducir a un más alto grado de perfección técnica y posiblemente a ventajas raciales.

Necesitamos, dijo Ari, conocer la opinión de los hombres de la Tierra, empezando por nuestro huésped, sobre la posibilidad de que adopten allá nuestro sistema de vida, y saber si les gusta o no.

Como otras veces en que me habían pedido mi opinión, sentí una gran turbación y mis ideas se confundieron lamentablemente. Dije más o menos esto: Creo que el sistema marciano de vida nos haría felices, y no sentiríamos nostalgia de nuestros afanes y penas. Debe tenerse presente, sin embargo, que allá se cree que el sufrimiento es necesario para depurar las virtudes, inspirar obras de arte y, finalmente, para valorar debidamente los ratos de felicidad; pero es posible que esto sea un simple consuelo piadoso que buscamos a nuestros sinsabores. En ciertas zonas privilegiadas de la Tierra se ha avanzado algo en el camino de perfeccionamiento recorrido por Uds. Hay países en el norte de Europa, y aún, en otras partes, en que se ha llegado a un cierto grado de igualdad social, y al control voluntario, aunque parcial, de la natalidad.

El control voluntario de la natalidad se practicó también en los tiempos primitivos de Aia, dijo Kun; pero no resolvió el problema de la sobrepoblación porque se limitaba a agrupaciones reducidas, de gente seleccionada. Eran ellos los que no aumentaban, mientras el resto de la población crecía y crecía.

Euta es una mujer bonita, como la generalidad de las marcianas; pero tiene además una simpatía coqueta única. Alrededor suyo se crea un ambiente de verdadera solicitud, casi de galantería, que ha embrujado, y a veces ha preocupado al Presidente. Sus aterciopeladas pupilas de mirar profundo y comprensivo y su sonrisa deliciosa la destacan, aun entre las mujeres de Aia. Así, cuando me preguntó qué hacíamos en la Tierra por alcanzar nuestros ideales de felicidad, me quedé extasiado mirándola antes de coordinar las ideas y contestar.

—Repetiré —dije— las opiniones que he oído allá sobre esto: Trabajamos febrilmente... desesperadamente por alcanzarlos, y esto es, justamente, lo que no nos permite conseguirlo. Entre nosotros esta búsqueda de la felicidad es tan vehemente que toma la forma de una lucha, la que, por su carácter de tal, nos impide ser felices.

—¿Qué forma de lucha? —dijo Euta.

—La lucha por la vida —dije—, por los bienes materiales, que allá son considerados como la llave de la felicidad. Los bienes del espíritu son, frecuentemente, postergados.

—Es bello defender los goces del espíritu en sí mismos y darles preeminencia sobre la posesión de bienes materiales —dijo Euta—; pero no se puede. Para conquistar la felicidad es necesario disponer de suficientes bienes, de modo que el espíritu no encuentre trabas. No se puede dar forma a los ideales de ética o de belleza sin disponer de medios materiales para ello. Ud. ve que el hambre incita a la violencia y a despojar al prójimo. La miseria es antiestética.

Sea que Euta tuviera razón o no en lo que decía, lo hacía con tanta sencillez, gracia y claridad que hipnotizaba y convencía. Sin embargo, hice notar que en la Tierra encontraría resistencia la práctica marciana de limitar compulsivamente la natalidad para alcanzar el bienestar material. Agregué que en mi planeta se opinaba que solo Dios dispone de la vida de los hombres y que es por su voluntad que

llegamos al mundo. Finalmente dije que una intervención humana en esto era considerada como un desafío a Dios.

—No todos los hombres de la Tierra son contrarios al control —dijo Yu, demostrando una vez más su conocimiento de lo que aquí pasa—. Existe allá un movimiento, semejante al de nuestros primitivos Josos, que se ha manifestado especialmente en las Comisiones del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Sostienen que Dios no creó al hombre para hacerlo desgraciado y, en consecuencia, no puede complacerse dando vida a millones y millones de seres que se sabe de antemano que están destinados a perecer de hambre o de miseria. Agregan que dar vida a un ser humano es un acto voluntario del hombre, ya que conoce los medios para impedirlo. Creen ellos que la oposición en algunos sectores de la Tierra, al control, es una simple mala interpretación de la voluntad divina.

—Es claro —dijo el Presidente—. En la antigua Aia existió también este error de interpretación. Y no hubo mucho interés en corregirlo, porque en esa época los países en que estaba dividido el planeta necesitaban cada vez más población para defenderse de sus vecinos; y los credos religiosos necesitaban también más y más prosélitos para imponer sus creencias”.

”Ahora, volviendo a la interpretación, debemos reconocer que ella es mala porque la existencia de un deseo, como el de multiplicarse indefinidamente, que existe en el Hombre, no significa que la voluntad divina sea que tal deseo se cumpla sin restricciones. Para eso Dios nos ha dotado de la razón y la voluntad, que nos permite controlar nuestros actos encuadrándolos dentro de lo conveniente”.

”La guerra atómica tuvo en Aia un doble efecto, favorable a la dictación de la ley Jósica: Por una parte mostró los beneficios que producía, en la práctica, el control de la natalidad, en cuanto a la supresión de la miseria y el aquietamiento del espíritu, que se necesitaba para coordinar y racionalizar la acción de los hombres; y por otra parte, sacó al Mundo del punto muerto en que lo había colocado, en cuanto a esto, el temor de cada país a despoblarse frente a otros países superpoblados. En efecto, los vencedores impusieron, por la fuerza, la unificación definitiva del planeta, formando así la comunidad única que hoy constituimos, lo que hizo desaparecer el peligro de una disminución local de la población.

Kun saludo la intervención del Presidente con una espumante copa de Remi, riquísima bebida de sabor semejante al champagne con jugo de piña, de un aroma verdaderamente embriagador. La conversación se hizo general y luego nos paramos de la mesa con esa sensación que dejan los momentos de plenitud.

Volamos a casa y cada uno entró en su habitación.

Quise dormir; pero no pude. Salí al jardín, bañado en esa noche por la luz de plata de Aiasin N.º 2. Los Lulúes^[6] proyectaban su sombra en fantásticas figuras, sobre el blanco maicillo de los senderos. Las Racias^[7] enanas embalsamaban el aire con su delicado aroma y el suave murmullo de la fuente hablaba de ensueño y poesía. Me senté en un escaño, bajo un árbol y estuve así, extasiado, ebrio de belleza e ilusión.

Una mano, dulcemente, se apoyó en mi hombro. Ella tampoco podía dormir. Desde nuestro paseo al bosque había en ella un creciente sentimiento romántico, reforzado en esta noche de magia por la suave luz de Aiasin, el leve murmullo de la fuente, la rica fragancia de las racias y tal vez... por los vapores del delicioso remi.

Me levanté de mi asiento y juntos caminamos, un rato, sin hablarnos; luego, nos detuvimos, nos miramos a los ojos..., le tomé las manos..., y la besé en la boca... largamente. Su tierno cuerpo languideció en mis brazos. La estreché, dulcemente primero, después..., con frenesí. Sus brazos se anudaron en mi cuello y sus labios se apretaron ardientes a los míos... susurrando mil veces mi nombre y su pasión. La alcé en mis brazos, como a una criatura y entramos a mi cuarto, en la penumbra. Las sombras de esa noche marciana fueron testigo de este amor extraterreno.

Onos, 35.—Hoy fui al Museo de Artes Plásticas, acompañado por el administrador. Fue una visita que nunca olvidaré, tanto por la maravilla de las colecciones, como por lo que mi acompañante me enseñó. Jamás había recibido instrucción sobre arte y debo ser considerado como un completo profano en la materia; pero son tan claras las mudas lecciones que el Museo mismo da al visitante y tan eruditas y amenas las reflexiones del Administrador, que he logrado comprender, por primera vez en mi vida, algo de los problemas que encierra esta tan noble actividad del hombre.

La evolución histórica del Arte, en Aia se parece a la de la Tierra. Han pasado allá por la etapa primitiva de las figuras rudimentarias o muy simples. Vino más tarde un refinamiento progresivo, hasta alcanzar la perfección de nuestros clásicos, tanto en la forma como en el color, a base de captar, del mundo exterior, para ofrecerlo al observador, las bellezas plásticas y las del pensamiento, sin alterar el modelo natural sino para destacar su belleza o su significado espiritual. Podría decirse que es este el período clásico del arte marciano. Más tarde, al final del período inmediatamente anterior a la ley Jósica, en medio de la ebullición de las ideas que caracteriza a esa época, se produce una señalada tendencia del Arte e independizarse de las formas naturales. Me explicaba el Administrador que esta tendencia fue el resultado del deseo de esas generaciones de artistas de dejar a su fantasía sin limitaciones; de expresar los más variados sentimientos y anhelos, que se habían mantenido hasta entonces prisioneros de las formas de la Naturaleza. Dentro de esta tendencia se produjo una abundantísima obra pictórica y escultórica. Dibujaban, pintaban, o esculpían lo que su mente concebía. Solo recurrían a la Naturaleza para pedirle un vago punto de contacto con el mundo tangible. Esta tendencia no se perpetuó por dos razones: La primera es que en el cerebro de esos artistas bullía un número tan grande de ideas que el público no era capaz de seguirlas, y a veces, ni aún de comprenderlas. Es sabido que el hombre se desinteresa de las obras de arte, como también de la literatura, cuando no las entiende. La segunda razón es que los artistas no lograron dar al producto de su imaginación el contenido de belleza necesario para competir con la Naturaleza. El resultado fue que el artista se divorció del público.

—¿Cómo han llegado Uds. a la perfección artística que puede observarse en la producción posterior a la ley Jósica de este Museo y en todas las obras de arte que se ven en Aia? —pregunté.

—Ud. debe haber sido informado, me dijo el Administrador, de que la ley Jósica trajo al planeta la paz y plenitud de los espíritus, que no podía obtenerse antes debido a la lucha por la vida. Esa paz y plenitud es la que Ud. ve reflejada en las obras contemporáneas de nuestros artistas.

Se empezó por reconocer, como lo hicieron los clásicos, que en el arte hay mucho más objetividad que la que admitían los llamados modernistas”, y se abandonó la quimera de querer transformar el gusto estético en el Hombre; pero se reconoció también el mérito de los anhelos de libertad creadora del artista.

En el arte actual, que podríamos llamar neoclásico, el artista amasa su obra con elementos tanto plásticos como del pensamiento, tomados de la Naturaleza; pero se deja a su iniciativa creadora la ordenación del conjunto de estos elementos, en forma de orientarlo hacia una finalidad sugerente.

La visita al Museo, que había durado casi toda la tarde, me parecía demasiado breve; pero debimos suspenderla porque había más de una hora de vuelo hasta llegar a la casa y los marcianos son puntuales en sus horas de comida.

Onos, 45.—Hace 12 días que no escribo en estos “Apuntes”. A medida que pasa el tiempo una extraña ansiedad ha ido invadiendo mi alma, y un presentimiento vago me dice que hay nubes en el cielo, hasta ahora tan diáfano, de mi destino en Marte. El amor mismo de Ila, tan radiante y venturoso, parece empañarse en medio de mi creciente preocupación y aún la magia de su avasalladora belleza se ha adormecido.

Onos, 47.—Hace dos días que no hablo a solas con Ila. A pesar de haber amor en su mirada, se aleja de mí con temor. ¿Qué será lo que ocurre?

Onos, 48.—Mis temores crecen cada día y me parece ver acusación en todas partes. Hoy ha sucedido algo que no entiendo y me preocupa: Hubo sesión del Consejo de Estado y el portero me dio un recado del Presidente en que me dice que no es necesario que asista porque no habrá nada que tratar, que necesite mi intervención.

Onos, 51.—No sé cómo puedo escribir estas líneas. Todas las furias desatadas sobre el hogar amigo que me albergó con cariño. Todo el afecto y simpatía que hubo aquí para mí ya no existen. Me siento solo e indefenso, a millones y millones de kilómetros del suelo que me vio nacer. La conciencia me dice cuánta es mi culpa y mi torpeza. Me abrieron un Paraíso y lo he perdido.

Onos, 52.—Ila y yo estamos detenidos. Esta tarde se decide nuestra suerte.

LA JUSTICIA MARCIANA

Las Memorias se hacen, desde aquí, muy vagas y confusas y debo recurrir a mis recuerdos. La Administración de Justicia en Marte se parece a la de la Tierra: Un Tribunal, elegido por sorteo, Fiscales, Abogados, Audiencias y al cabo de ellas... el Fallo.

El Fiscal acusó a Ha de engaño a su marido y trasgresión a la ley Jósica.

En Marte existe el divorcio. Basta que uno de los cónyuges presente una solicitud al Consejo de Estado retirando su consentimiento de mantener la sociedad conyugal, para que se le conceda administrativamente. No hay el problema del sustento de los hijos porque como, ya antes de su concepción, habían sido autorizados, figura en el presupuesto del Estado. Los hijos de los divorciados pueden gozar del afecto de sus padres, separadamente. En consecuencia, el delito de Ila no fue el de haberme amado. Consistió en mantenerse unida a su marido y concebir sin autorización. En Aia esto no tiene perdón. El Abogado de Ila alegó que había obrado impulsada por una fuerza mayor, de naturaleza probablemente interplanetaria y dio a entender que sólo así pudo haber sentido una pasión por mí. (Esta fue la única alusión que se hizo en Marte a mi pobre aspecto). El Fiscal rechazó este argumento alegando que, aun en ese caso, pudo pedir su divorcio al Consejo de Estado.

La defensa personal de Ila fue más emotiva: “Yo siempre quise a Oro y sé cuán noble y adorable es”, dijo; “pero ahora mi mente está oscurecida por un extraño sentimiento que no entiendo y me domina. Este torbellino en que me encuentro me impide distinguir entre el bien y el mal y me empuja hacia ese hombre recio de la Tierra. Sé que este bello mundo en que he vivido; en que jugué en mi niñez; en que crecí y amé, y fui buena y fui feliz, va a desaparecer para siempre; pero jamás podré arrancarme esta pasión, que me consume”.

Ila tenía gran prestigio en Marte. Su voz era escuchada casi todos los días, con deleite. El público asistente a la Audiencia estaba emocionado, y mucho sollozaban; pero el Jurado fue inflexible y la condenaron a reclusión perpetua en el solitario satélite Aiasin N.º 2. Los laboratorios de investigación se harían cargo de su hijo cuando naciera.

En cuanto a mí, se pidió la misma pena, por ser culpable del mismo delito. Sin embargo, el Presidente anuló el fallo y ordenó enviarme de nuevo a la Tierra. En los “Apuntes” puede verse el fundamento que tuvo para el indulto:

“No es justo aplicar nuestras normas morales”, dice, “por sabias y justas que ellas sean, a un habitante de otro planeta que ha recibido una formación moral más baja, como es la de la Tierra. Es preciso recordar que ese mundo está aún en un período de barbarie, semejante al que teníamos aquí antes de la ley Jósica. Entre ellos el engaño se hace un hábito porque es un medio para subsistir, y tiene, en consecuencia, una explicación que aquí no tiene. Como lo enseña nuestra antigua Historia, en el régimen de lucha por la vida, no se cultivan las virtudes sino los defectos”.

“Tampoco sería justo condenar a reclusión perpetua a un ser, por abyecta que haya sido su conducta, si ha venido invitado a nuestro planeta. Corresponde solamente devolverlo a su mundo de origen”.

“Y no debemos arrepentimos de haberlo traído, porque su venida nos ha enseñado que los hombres de la Tierra son de la misma naturaleza que nosotros y proceden como lo hacíamos antes de la ley Jósica.

Lo único que debemos lamentar es que nuestra queridísima amiga y eximia cantante, Ila, haya sido arrastrada por fuerzas pasionales cuyo origen no es claro. Encargaremos a nuestros laboratorios hacer los estudios correspondientes.

EPÍLOGO

Los marcianos me trajeron nuevamente a la Tierra y me dejaron en las mismas Lomas de Polcura, de la provincia de Linares, de donde me habían llevado.

Casi diez meses duró mi increíble aventura.

De nuevo en mi rincón, he querido preparar este informe para responder a las preguntas de parientes y amigos sobre mi ausencia.

Debo declarar que no hago mía la teoría marciana sobre los controles establecidos por la ley Jósica; pero este informe es una narración FIDEDIGNA, como ya lo dije, de lo que vi, y en consecuencia, no podía silenciar el hecho de la existencia de esta ley porque no habría dicho TODA la verdad.

F I N

Notas

[1] Los años marcianos equivalen a dos años terrenales, aproximadamente. <<

[2] En Marte el día tiene la misma duración que en la Tierra. <<

[3] Satélite de Marte. <<

[4] Esos: mes marciano. <<

[5] Onos, mes marciano. <<

[6] Especie de Paulonias Marcianas. <<

[7] Arbusto semejante al dafne. <<